

PALABRAS PRONUNCIADAS POR JOSÉ
IGNACIO MADRAZO BOLÍVAR, ALUMNO
GANADOR DEL RECONOCIMIENTO
"GENARO ESTRADA" EN LA CEREMONIA
CONMEMORATIVA DEL XIII ANIVERSARIO
DE LA FUNDACIÓN DEL INSTITUTO

Señor secretario de Relaciones Exteriores,
licenciado Bernardo Sepúlveda Amor;
señora directora del Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos,
licenciada Rosario Green;
compañeros de la VII generación de becarios del Instituto;
señoras y señores:

Representa para mí el honor más alto que he recibido el haber obtenido de manos del canciller Bernardo Sepúlveda el reconocimiento "Genaro Estrada" y, sobre todo, el tener la oportunidad de dirigir unas breves palabras a un grupo que reúne a la mayoría de nuestros maestros; los que nos dieron clases en estas u otras aulas y los que con su ejemplo profesional nos dan lecciones todos los días.

Con esta ceremonia se conmemoran los 13 años de existencia del Instituto Matías Romero. Siete generaciones de becarios de las ramas Diplomática, Consular y Administrativa, hemos pasado nueve meses aquí, cum-

pliendo con la segunda etapa del proceso de ingreso al Servicio Exterior Mexicano. Quienes estamos empezando apenas a formar parte del Servicio, nos encontramos en una etapa de nuestras vidas que constituye tiempos de cosecha; aprovechar todas las experiencias, recoger enseñanzas, aprender todos los días. Nuestro paso por el Instituto Matías Romero ha constituido una experiencia importante que sabemos valorar. A lo largo de estos meses, en los que tuvimos más de 30 materias muy diversas, además de conferencias y otros eventos, adquirimos un panorama muy completo del mundo en que vivimos y —sobre todo— de la manera en que México ha promovido internacionalmente sus legítimos intereses buscando aprovechar lo mejor que el mundo puede darle.

La riqueza y pluralidad de temas que tratamos durante nuestra estancia en el IMRED habla también de la riqueza y pluralidad de nuestra profesión. Tuvimos clases en donde aprendimos a redactar un telegrama y clases donde se discutió la evolución de la filosofía política en América Latina: numerosas conferencias con una variedad temática que fue desde la situación actual de Albania o las potencialidades de la Cuenca del Pacífico, hasta los últimos descubrimientos del *Irangate* o los problemas que tiene el pueblo saharauí para que le sea reconocida su independencia. Organizamos simulacros de una reunión del Grupo de Contadora y de su Grupo de Apoyo con los secretarios generales de la ONU y la OEA, la cual —por cierto— resultó mucho menos exitosa que la realidad, pues los acuerdos a los que llegamos no resultaban muy claros. Tuvimos encuentros con colegas de otras instituciones académicas, uno muy interesante, en lo particular, con alumnos del Instituto Brasileño de Estudios Internacionales de Río Branco (que tanto prestigio le ha dado a su Cancillería) —y quienes, por cierto, se sintieron muy sorprendidos de que la autora de varios de los artículos de lectura obligada en su Instituto, fuera nada menos que la actual directora del nuestro.

Este periodo de estudios tuvo además resultados muy positivos en cuanto a nuestra relación con la propia Secretaría y al establecimiento de contactos, como alumnos, con muchos de los más destacados funcionarios de la Cancillería y con el trabajo que se realiza en las diversas dependencias que dirigen.

Después de este periodo de preparación. ¿Qué buscamos nosotros como miembros del Servicio Exterior Mexicano? Antes que nada debemos estar conscientes de que la política exterior no puede separarse del proceso de desarrollo interno de México. Como diseñadores de una política exterior o, en las más de las veces, como ejecutores de la misma, nunca debemos olvidar las características del país al que estamos representando: un país con enormes carencias materiales; tremendas desigualdades e injusticias. Por esto debe ser función principal de la política exterior mexicana apoyar los esfuerzos internos de desarrollo. Vivimos en un mundo absolutamente interdependiente en el que cada

país necesita de los demás. México, en lo particular, se está abriendo cada vez más al exterior. De ahí la necesidad de que el Estado mexicano cuente con funcionarios preparados, nacionalistas, preocupados por lo que ocurre en el exterior y preocupados por lo que ocurre en México.

Frente a quienes dudan de la diplomacia y la califican de obsoleta en estos tiempos de impresionante desarrollo en las comunicaciones, nosotros pensamos que un grupo de funcionarios empeñados en buscar una interrelación con el exterior que eleve al máximo su contribución al logro de las metas de la política nacional, promoviendo en el ámbito internacional, condiciones que favorezcan el desarrollo interno de México, de ninguna manera puede ser obsoleto.

Nuestro gobierno ha dado pruebas en los últimos años de que la diplomacia sí funciona. Sí está vigente. Recuerdo en estos momentos unas palabras pronunciadas por nuestro canciller hace ya casi cuatro años, en las que definía —por ejemplo— los tres objetivos en los que se centraban los esfuerzos del Grupo de Contadora: el primero era detener una guerra generalizada en Centroamérica; el segundo crear condiciones pacíficas en el área, y el tercero impulsar un proceso de desarrollo económico y social en la zona. Ni Contadora pretendió jamás ser el único elemento que, eventualmente, lograría estos objetivos ni lo pretende ahora. Sin embargo, es un hecho que no se ha desatado un conflicto bélico en el área y que la atmósfera política es, hoy en día, mucho mejor que hace cinco años.

México tomó desde entonces la decisión de no abandonar toda acción para dejar paso al desarrollo de un conflicto de consecuencias gravísimas para la región centroamericana y para los países que integran el Grupo de Contadora. Lo hizo, por cierto, a través de una intensa labor diplomática, un trabajo político muy inteligente y también un trabajo técnico que resultó de mucha importancia.

La paciente labor diplomática sí funciona y sí tiene resultados concretos: no son los mencionados, de ninguna manera, los únicos: en estos últimos años México ha defendido la paz, tratando de crear conciencia a nivel mundial de los peligros de la guerra nuclear. El Grupo de los Seis es la prueba de ello. Sin aspavientos, con conocimiento de la realidad internacional y, por lo tanto, proponiendo soluciones concretas, México ha insistido en la necesidad de una cooperación internacional efectiva para coadyuvar al desarrollo interno de los pueblos. Contadora y su grupo de apoyo, el Consenso de Cartagena, y —sobre todo— el establecimiento de un Mecanismo de Concertación Política en la región de América Latina el Grupo de los Ocho, son resultados todos de una paciente, complicada y muy profesional labor diplomática. México se ha empeñado en proteger a los mexicanos que no viven en nuestro territorio: la la-

bor consular, sobre todo en estas épocas tan difíciles para nuestros compatriotas que trabajan en otros países, ha sido constante, tenaz y solidaria.

En fin, el interés por vincular nuestras acciones en el exterior con los esfuerzos internos, se traduce en la reciente incorporación de los principios en los que se fundamenta nuestra política exterior a la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos. No como una acción retórica o inútil, sino con la convicción de que llevar una política exterior de principios no se debe a un terco altruismo internacional ni por un mero reclamo de justicia en el mundo —que sí lo hacemos— sino porque el Estado mexicano ha decidido que es mediante el respeto al derecho y por medio de la cooperación internacional como más efectivamente está defendido el interés nacional, y la independencia y soberanía de México.

El día de hoy, que ingresamos al Servicio Exterior Mexicano, debemos estar orgullosos de haber escogido la profesión de servidores públicos; profesión que es enemiga de la intolerancia y de las verdades únicas; profesión que se refiere antes que nada a las personas, a personas de origen y aspiraciones diferentes, que si muchas veces no comparten nuestros ideales, los suyos deben ser respetados para que se respeten los nuestros.

Queremos agradecer los miembros de la séptima generación a todos los que realizan sus funciones en el Instituto Matías Romero: a su cuerpo académico y al administrativo encabezados por Rosario Green, su esfuerzo y dedicación para que este periodo de capacitación se aprovechara al máximo; asimismo nuestro agradecimiento a las autoridades del Servicio Exterior Mexicano que en todo momento nos atendieron; también a los funcionarios de la Secretaría de Relaciones Exteriores que vinieron al Instituto a hablarnos de sus respectivas especialidades con un enfoque práctico que estamos seguros nos será de mucha utilidad, y a los profesores invitados de otras instituciones académicas cuyas pláticas fueron particularmente interesantes.

Agradezco muy sinceramente el otorgamiento del reconocimiento Genaro Estrada, pues conmemora a un gran mexicano que era también un gran diplomático. Un hombre que tuvo verdadera pasión por todo aquello que redundase en prestigio de México. A Genaro Estrada le interesaban los libros, escribió poesía y crítica de arte e incluso una novela; con ese bagaje representó siempre, con la mayor dignidad, a México y luchó por que nunca quedara más al arbitrio de los gobiernos extranjeros el pronunciarse sobre la legitimidad o ilegitimidad de otro régimen político.

No está de más reiterar aquí, sin embargo, que las calificaciones a un examen son muchas veces producto de la suerte o de la casualidad que representa conocer mejor o peor un tema determinado. De lo que todos los integrantes de esta séptima generación de becarios estamos realmente felices es de que todos obtuvimos una plaza en el Servicio Exterior Mexicano. En efecto, las tres etapas de ingreso al Servicio se iniciaron con buenos augurios: el número de estudiantes admitidos en esta ocasión fue mayor que en otras, y —hoy— después de haber concluido con los tres pasos que exige la ley para entrar a formar parte del Servicio, todos hemos obtenido nuestro nombramiento provisional.

Como nos dijera en días pasados el subsecretario Alfonso de Rosenzweig, el día de hoy no constituye, sin embargo, un final sino un principio. El principio de una carrera que nos dará la oportunidad de que —trabajando en México y fuera de México— podamos contribuir en la medida de nuestras posibilidades a que este mundo sea un mundo más humano, y a que México sea un país más justo donde la mayoría de los mexicanos viva cada día mejor.

Muchas gracias.

Tlatelolco, D.F., 14 de diciembre de 1987.